

LA TOMA DE ARROYO BLANCO.

A MI AMIGO Y COMPAÑERO FRANCISCO DIAZ SILVEIRA, DEDICO ESTE RELATO DE LA ACCION EN QUE TOMO TAN PRINCIPAL PAPEL EL REGIMIENTO "SERAFIN SANCHEZ" QUE EL FORMO.

Al inaugurarse el restablecimiento de la República, queremos reproducir la descripción que en el periódico "La Discusión", publicó en el año de 1904, nuestro compañero señor Antonio Duque de la acción gloriosa con que cual broche de brillantes, cerró el mayor general José Miguel Gómez, la epopeya que con sangre de sus hijos y lágrimas de sus mujeres han escrito los cubanos en la historia del mundo.

LA TOMA DE ARROYO BLANCO

La toma de Arroyo Blanco por las fuerzas cubanas al mando del valiente general José Miguel Gómez, fué una de las más gloriosas acciones entre todas las que ocurrieron durante las contiendas sostenidas entre Cuba y España.

Para gloria de las armas cubanas, supo el general espírituano cerrar con triunfo digno de la epopeya legendaria.

Si en la fecha que se realizó esta acción, 27 de Julio de 1898, la atención del mundo civilizado no hubiese estado fija en los movimientos que realizaron los ejércitos que á las costas y suelo de Cuba había enviado la gran república del Norte; no hubiese pasado tan desapercibida, aún para los mismos cubanos, la toma de aquel pueblo y la rendición de todo el regimiento de Granada, que lo defendía parapetado tras de veinte fuertes, que por las posiciones que ocupaban, constituían, en su mayor parte, formidables fortalezas.

Situado Arroyo Blanco entre Sancti Spiritus y Ciego de Avila, centro de la Trocha de Morón, era el único medio con que contaban los españoles para mantener la comunicación heliográfica entre dos zonas militares tan importantes.

Tan pronto pasó el general en Jefe la Trocha de Morón, poco después que su hijo caía heroicamente al lado del glorioso Titán, que por ironía del destino, sucumbía sin poder saborear su triunfo sobre el enano asesino al bur-

lar, por mar y tierra, la Trocha de Majana; poco después, repito, de pasar el general en jefe la Trocha de Morón, puso sitio á Arroyo Blanco, comprendiendo con su genio militar, la importancia estratégica de aquel pueblo, para las armas españolas.

Numerosas tropas, al mando de varios generales, hicieron levantar el sitio y fortificarlo, no solo el perímetro de la población, sino que ocuparon con fuertes todas las posiciones que á su alrededor había, con objeto de hacer imposible un nuevo ataque.

En esas condiciones este pueblo, lo atacó el general José Miguel Gómez, tan pronto desembarcó en Palo Alto el general Emilio Núñez, acompañado de una legión de jóvenes entusiastas, una expedición de armas y viveres (¡tan necesitados!) que enviaba el general en jefe del Ejército Americano al de las fuerzas cubanas.

No valieron á detenerlo los consejos de sus superiores inmediatos los Generales Gómez y Carrillo que veían segura una derrota en tal intento.

No podría consentir el honor de las fuerzas cubanas que mientras las americanas luchaban en Cuba, permaneciesen ellas inactivas; mucho menos, después de contar con los pertrechos de guerra recibidos.

MARCHA SOBRE EL PUEBLO

Tan pronto se vió José Miguel con artillería, fusiles y municiones, en abundancia, atacó al Jibaro el 19 de Julio, lo tomó en dos horas, precipitando la rendición por su arrojo de entrar solo, el primero, entre las trincheras enemigas, de las que aún disparaban: marchó después sobre Arroyo Blanco, sin que las tropas hubiesen descansado, y para mí, que le duró mucho tiempo el desconsuelo de no haber tenido tiempo, á causa de la paz, de atacar á alguna capital de provincia.

Formó su plan, tomó mil medidas, necesarias, distribuyó las fuerzas y por dos partes distintas, dispuso que á la vez se empezara el ataque, con las dos piezas de artillería con que contaba.

Un error del práctico, impidió llegar á la hora señalada á las fuerzas donde iba la pieza que mandaba el bravo Estrampes, no obstante marchar un día y una noche (¡qué noche!) sin parar. Muchos cubanos, estenuados por el hambre y la fiebre, caían en el camino volvían á levantarse y por fin, desfallecidos, quedaban en el suelo; solos teniendo por techo el cielo, por abrigo la lluvia que caía y por sustento, también las gotas de la lluvia, que, al rodar por la frente caían en su boca.

Muchos quedaron allí para siempre, no era posible socorrerlos, mucho menos cargarlos; otros se levantaron, al siguiente día, pasado el acceso febril, excitados por los disparos de la pieza que, más afortunada, llegó á tiempo y disparaba desde las primeras horas.

Algunos de éstos perecieron después, en los asaltos, otros de hambre, y otros cobrarán esa paga tan ácaramente ganada.

Al llegar al lugar donde se encontraba Arroyo Blanco y ver fortificadas las lomas que lo rodean, fué la impresión general en nosotros que el propósito que allí llevaba al general era un sueño irrealizable.

ATAQUE

Emplazada la pieza que mandaba Estrampes, empezó á disparar sobre el fuerte más inmediato; carecía de telémetro y á ojo hacían el cálculo de la distancia.—“Un poquito más.—decían algunos—y le da al frente”; y esa frase era repetida á cada nuevo disparo.

Ferrara, que había traído instrucciones del comandante de las fuerzas sitiadoras, discutía sobre lo fácil que sería la toma de aquel fuerte; y yo le argumentaba que no, y armamos después tal discusión al pie del cañón, sobre la política que España adoptaría, que Estrampes—enfurecido—nos dijo, no recuerdo cuántas cosas y pidió á Ferrara que se subiese á un árbol, viese dónde caía el proyectil y le dijese la distancia que faltaba para llegar al fuerte.

La orden era una sentencia de muerte porque las balas tronchaban constantemente las ramas de los árboles, sobre uno de los cuales debía subirse Ferrara.

Cumplió éste la orden impávido; temeroso solo, según ha dicho, de no acertar en su cálculo; más yo aseguro que le preocupaban mucho sus pobres pantalones, que habían perdido todos los botones y estaban sostenidos por una tira de “guamá”, que no ofrecía todas las garantías para que su pudor no sufriese al colgarse de las ramas del árbol aquel bravo entre los bravos.

En este disparo se encasquilló la pieza, fué necesario desarmar, y Estrampes aprovechó este tiempo para almorzar: en el próximo acertó Ferrara.

Entraron en esta acción, todas las fuerzas de la primera división del 40. Cuerpo que mandaba el general José Miguel Gómez. La Brigada de Sancti Spiritus la mandaba el coronel Tello Sánchez, que prestó valioso auxilio en esta acción. Los escuadrones de esta brigada, cuidaban los caminos. La infantería de la brigada de Remedios, al mando del brigadier González, unida á la brigada de Trinidad, al mando del coronel Bravo, rodeaban al pueblo.

El regimiento de infantería “Serapín Sánchez”, apoyaba la pieza de artillería. Mandaba esta fuerza el valiente coronel José López, á quien nuestro honorable Delegado confió la expedición que trajo á Cuba al joven patriota Carlos Manuel de Céspedes.

Era yo ayudante de ese regimiento, y me honraba su jefe con tal confianza, que mis órdenes eran respetadas como las suyas propias. Mientras se desarmaba la pieza de artillería, me ordenó que escogiese cien hombres, de toda mi confianza, para asaltar el fuerte tan pronto hubiese brecha abierta por la artillería.

Conocía yo muy bien mi regimiento: el único de infantería de toda la brigada, formado por Francisco Díaz Silveira, quien sostuvo gran peso de la campaña de los cuarenta mil soldados españoles lanzados allí sobre aquel rincón. Con una de sus compañías, dirigida por Pablo Mendieta, impidió al general Manrique de Lara pasar el Agabama; mientras otra, con Quijano á la cabeza, asaltaba y tomaba el ingenio

“Cañamabo”, en el valle de Trinidad, baluarte de los españoles, á donde nos llevó José Miguel Gómez, y otro asaltaba fuertes, dirigida por Carlos Mendieta, el héroe de cien combates, el león de Coyo Ruiz.

ASALTO

Escogidos mis soldados, para cumplir la orden del coronel López, marchaba con ellos, cuando, después de un nuevo disparo, noté una animación extraordinaria al lado del cañón, y ví á Estrampes, que, furioso, gritaba en un español (peor que el que hoy habla): “Uno corneta que toque paso de ataque caliente. ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Viva Cuba!”

Ví entonces que no estaban allí ni el coronel López, ni Tello Sánchez, ni Ferrara, ni Juan Jiménez, ni Rodolfo Reyes Gavilán, ni los números de la escolta de Carrillo, ni los artilleros; Estrampes me gritó: ¡“Están para el fuerte; todos han ido sobre el fuerte y la fuerza no viene!” “La fuerza ya va”, —le dije; y dirigiéndome á ella, les grité: “¡Los jefes han ido solos sobre el fuerte!” Estaba exasperado, comprendiendo, cual Estrampes, la difícil situación de aquellos hombres que asaltaron sin ver si estaban preparados los que debían seguirles.

No fué necesaria otra excitación; aquellos veteranos se lanzaron, sin disparar un tiro, sin orden ni concierto; pero con tal empuje y denuedo, que las estrepitosas y mortíferas descargas que de todas partes dirigían las tropas españolas, empeñadas en impedir la toma de aquel fuerte, apagaban los gritos de “¡Viva Cuba!”; pero no el ardor de aquellos hombres, de cuya mente había desaparecido toda idea que no fuese la de clavar á toda costa la enseña cubana encima de la fortaleza española.

El ataque seguía á la carrera, á pesar del calor de aquella hermosa tarde de Julio; los fusiles del Regimiento de Granada, vomitaban fuego, de frente, desde las alturas, en todas direcciones; pero el avance seguía. Los nuestros caían, heridos, muertos; frente á mí

recuerdo al valiente Tello, á quien herido sostenía Pepe Jerez, luego otros y otros más; pero, el avance seguía siempre, al mágico grito de “¡Viva Cuba!” con la inquebrantable idea de clavar la enseña cubana encima de la fortaleza española.

Y se toma, al fin, los españoles huyen dejando á sus heridos.

Ya en el fuerte, contemplo á uno de mis soldados muerto al escalarlo y á su hermano, que, loco de dolor, se lanza sobre uno de los heridos que habían dejado los españoles. Comprendí que era muy justa su ira, pero le pedí que respetase á los heridos, aunque eran de la nación que, en este punto, tan poco respeto debía merecernos.

Frente á nosotros, y al otro lado del poblado, se atacaba otro fuerte desde por la mañana, por otra pieza de artillería, al mando de Frank Agramonte, apoyado por una compañía del regimiento “Seraffin Sánchez”, otra del “Martí” y fuerzas de la brigada de Trinidad; todos al mando del bravo andaluz F. C. Alonso, que al fin lo tomaba después de varios asaltos.

PARLAMENTO

Ya había dos fuertes en nuestro poder; pero faltaban diez y ocho que tomar.

Nuestros soldados entusiasmados, querían lanzarse sobre el pueblo.

Un espectáculo triste contemplé entonces; todas las familias salían del pueblo, abandonándolo todo, á vivir en el monte, sin preparación alguna, sin techo, sin abrigo. ¡Oh, qué terrible guerra!

Poco después vemos desde el fuerte una bandera ondear sobre uno de los edificios.

—¡Se rinden, se rinden!—gritaban los nuestros.

—Nada,—decía Tello Sánchez, que era allí práctico como cocuyo, según el decir de entonces,—si fueran á rendirse pondría la bandera de la Comandancia; ese es el hospital, y ¡van á rendirse y están tirando?

—¿Por qué no envía un parlamento al pueblo?—le dije yo.

—Para que me lo maten,—me contestó.

4

Efectivamente, no era infundado ese temor. En los ejércitos regulares, los parlamentarios son sagrados; pero como para España éramos solamente bandidos, incendiarios, no guardaban respeto alguno; últimamente, en el ataque del Jibaro, nos mataron un soldado é hirieron á dos, después de haberse cubierto con la bandera blanca.

Tras de breve instante, volví á preguntar á Tello si no se decidía á enviar el parlamentario, recordando yo, que el general en jefe lo había hecho en Cascorro, enviando á un teniente, á quien por esta acción hizo comandante.

La contestación de Tello fué muy breve:

—¿Usted se atreve?

No podía vacilar después de mis preguntas, y acepté la suya como orden.

Entregué mis armas á mi compañero el valiente Rodolfo Reyes Gavilán; el jefe de la escolta del general Carrillo, el bravo Juan Jiménez, me dió una sábana, que me servía de bandera, y marché hacia el pueblo.

Las fuerzas cubanas que lo rodeaban, disparaban sobre los fuertes, orden que previsoramente había dado el general José Miguel Gómez, para impedir que los soldados españoles pudiesen intentar salida alguna. Los españoles contestaban el fuego, y era el mío un parlamento muy especial.

A mil metros del fuerte y á doscientos del pueblo, al llegar á una zanja, veo á dos militares españoles, que, cerca de uno de los fuertes, miraban hacia mí; les invito por señas á que adelanten, cual yo lo hacía, y me indican que yo siga avanzando. Vacilé un momento, pero continuo mi marcha: me encuentro al fin con los dos militares: eran el comandante de la plaza, jefe del regimiento Granada, Pedro Romero Ramírez, y el médico, doctor Sebastián Foxá. Saludé y expuse el objeto de mi "visita";

—Vengo, por orden del general José Miguel Gómez, á indagar si el significado de la bandera, es que piden la rendición.

No, señor;—me contestó el comandante—no pensamos rendirnos.

Y el médico añadió:

—Esa es la bandera de la Cruz Roja, está sobre le Hospital, significa solo pediros que lo respetéis.

Entregué entonces una carta que tenía del general José Miguel Gómez, que había hecho para intimar la rendición antes del ataque y que no había podido ser enviada; y el comandante me dijo que iba á celebrar consejo de oficiales para contestar al general cubano.

El doctor Foxá, era un hombre fino, culto, un caballero, enemigo de las guerras; pero muy digno. Empecé á vencerlo de lo inútil que sería toda resistencia.

—Lo sé, señor; lo sé de sobra. Esto y todo se ha perdido para la pobre España.

—Todo—le dije—Cuba, Puerto Rico, Filipinas.

—¡Hombre! ¡Filipinas!—gritó el doctor con un dolor tan hondo, que sentí pena y añadí.

—Filipinas, quién sabe; como está tan lejos, tal vez se salvará.

—¿Para qué, entonces, sacrifican vidas, convencidos de lo estéril del sacrificio?

—Eso mismo digo yo; pero la negra honrilla.

Hablé entonces de la generosidad de las fuerzas cubanas para con los prisioneros y heridos españoles; de la convicción que podía tener en la hidalguía del general José Miguel Gómez, si se entregaban á él.

En esto me dice el comandante:

—¡Mirad, mirad! son los vuestros; que no avancen ó no respondo de nada.

Ví entonces un grupo de jinetes que venían hacia el pueblo. Era el general José Miguel Gómez y sus ayudantes.

El general recorría la inmensa línea que ocupaban sus fuerzas, observando y dirigiendo la acción; al ver el fuerte atacado se lanzó sobre el pueblo, temiendo que recorrer, por lo accidentado del terreno, una corta distancia. Le hice señas para que se detuviese y pude al fin convencer al comandante de la plaza española, ayudado por el doctor Foxá, que fuese á celebrar una entrevista con el jefe cubano.

RENDICION

El general José Miguel Gómez consiguió del comandante la rendición de la plaza; generoso, concedió que aquella guarnición llevase 50 de sus hombres armados, en prueba del valor con que se habían defendido. ¡Bien lo merecían! Los efectos de nuestras granadas habían sido terribles; los heridos no lanzaban una queja, ni pedían gracia.

Una sola granada, dió muerte á veinte y cinco soldados.

El cura de Arroyo Blanco decía luego:

—Los soldados llamaban geringas á vuestros cañones; pero, hijos míos, esas son geringas del Diablo.

El Hospital español estaba lleno de heridos, pasaban de cien, y habían tenido más de sesenta muertos.

La Sanidad cubana ayudó á la española á la asistencia de sus heridos; el doctor Lucas Alvares y varios otros cuyos nombres no recuerdo.

Pactada la rendición, entramos en el pueblo, ya de noche, el general José Miguel Gómez, sus ayudantes, Francisco Regueira, el pobre Jorge Villuendas y Enrique Pina. Se levantó el acta, y fué firmada por los jefes de ambas fuerzas.

Al siguiente día, entrarían las fuerzas cubanas, á las que presentarían armas y harían todos los honores.

Después del acta, pasamos á la comida que ofreció el comandante, y á la que pidió al general que me invitase.

ENTRADA

Un hermoso sol de gloria iluminaba el rostro de las fuerzas cubanas, que, radiantes de alegría, con su viejo general al jefe, desfilaban á los acordes de himno que revela el heroísmo de los que sabían morir sin esperar vencer á un enemigo formidable; que, orgulloso, nos había despreciado; que más fuerte, nos hizo apurar mil veces la amargura de la derrota; pero que ahora estaba rendido ante nosotros y rindiéndonos todos los honores.

Después de la entrega de la plaza fueron llevados por la fuerzas cubanas los heridos y el resto del Regimiento de Granada hasta Sancti Spiritus, donde fueron entregados.

El general Manrique de Lara escribió al general José Miguel Gómez, expresándole la gratitud que hacia él sentía por su noble proceder.

Aquella aurora del último día de batalla era bella, presagiaba el porvenir de Cuba.

A. DUQUE.

Trinids Pen 31/909

